



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRESIONES DE VIAJE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
BRUSELAS. "ALFONSO REYES"
1880. 1625 MONTERREY, MEXICO

Llegué á Bruselas el 20 de agosto de 1838, con la intencion de visitar la Bélgica y volver á Francia por las orillas del Rhin.

Tenia una carta de recomendacion para S. M. el rey Leopoldo. Me apresuré á ir á palacio, donde entré con mas facilidad que lo hubiera hecho en Paris en la casa de uno de nuestros banqueros de segundo órden : pregunté por el señor Van Praët, secretario particular del rey, y en el mismo instante me introdujeron en donde estaba.

El nombre me habia ya prevenido en favor de

aquel á quien iba á ver; despertaba en mí un recuerdo de reconocimiento, me recordaba al bueno y respetable señor Van Praët, á quien habia encontrado siempre en la Biblioteca real, tan amable y tan servicial, y que habia clasificado en los inmensos espacios de su trémula cabeza, los seiscientos mil volúmenes de la biblioteca, de tal modo, que sin abandonar su sitio, sin recurrir al índice, indicaba inmediatamente la sala, el estante, la tabla y el número del libro que se le pedia: era maravilloso.

Esperaba encontrar algun anciano bondadoso como él, sin duda su hermano, cuando ví adelantarse hácia mí un jóven de veinte y ocho á treinta años, que se excusó de haberme hecho esperar el tiempo que se habia tardado en anunciarme. Era el sobrino en vez de ser el hermano; por lo demás, pariente en grado muy inmediato de mi Van Praët, al menos bajo el aspecto de la amabilidad y cortesía.

No estaba el rey en Bruselas, sino en Läckén, su residencia de verano. Pregunté al señor Van Praët de qué medio tenia que valerme para obtener de él una audiencia; me dijo que era preciso alquilar por horas un carruaje de plaza en la primera calle que yo encontrase si no me agradaba mas ir á pié; marcharme á Läckén, hacer llegar mi carta al rey, y al punto me recibiria.

Esto era lo que debia hacer: como se ve, no era muy complicado.

El recuerdo de su excelente tio habia servido de lazo entre el señor Van Praët y yo; nos separamos amigos, y espero que, á pesar del tiempo y la distancia, conserve de mí un recuerdo tan agradable como el que yo conservo.

El camino que conduce al palacio de Läckén es encantador, y no me admiré que el señor Van Praët me hubiese indicado le anduviese á pié; en cuanto al palacio, es una bonita construccion moderna que me pareció databa de fines del siglo XVIII. Está rodeado de jardines ingleses y se refleja en una ancha sábana de agua que domina las deliciosas perspectivas de Bruselas y sus alrededores.

En Läckén fué donde Napoleon resolvió hacer la campaña de Rusia.

A pesar de lo que me habia dicho el señor Van Praët, entré con cierta desconfianza; no por eso dejé de seguir sus instrucciones; alargué mi carta á un ujier, diciendo de parte de quién iba; el ujier me hizo entrar en un salon de descanso, y fué á llevar la misiva. Un instante despues, una puerta, opuesta á aquella por donde habia marchado, se abrió, y un ayudante de campo me anunció que el rey me esperaba.

Entré, y efectivamente encontré al rey en traje militar.

Al cabo de un cuarto de hora de conversacion, que S. M. se empeñó desde luego en que fuese familiar, estaba convencido de que hablaba con el rey mas filósofo que jamás ha existido, sin exceptuar á Federico.

Vestia el rey de gran gala, con motivo de la inauguracion del camino de hierro de Gante y del jubileo de Malinas, que debia verificarse á los pocos dias. Tuvo la bondad de invitarme para aquellas dos fiestas; mas como conociese por mi respuesta cortada que su invitacion, por mas graciosa que fuese, contrariaba mis proyectos:

— Mejor será, me dijo, que vayais por vuestro lado, mientras yo voy por el mio, y si nos encontramos, acercaos á pedirme de comer.

Acepté con un reconocimiento tanto mayor, cuanto que encontraba alguna diferencia entre el modo como me recibia el rey Leopoldo, y la manera con que me habia recibido el rey de Nápoles; verdad es que el abuelo del rey de Nápoles ha hecho envenenar á mi padre, y que no tengo yo demasiado por qué quejarme todavía del nieto, que se ha contentado con hacerme conducir fuera de su reino por la gendarmeria. Todo es relativo.

Me separé del rey Leopoldo encantado de su hospitalidad, y volví á Bruselas, donde entré en un café á almorzar. Mientras comia mi *beefsteack*, miré por casualidad un periódico.

Entre las novedades del dia, se hallaba la de el cadáver de una mujer que se habia encontrado la víspera en el canal de Läcken: añadia el periodista, á modo de reflexion, que se aseguraba era una antigua querida del rey, que este habia hecho arrojar al agua.

Por acostumbrado que estuviese á la prensa parisiense, me pareció esto un poco fuerte. Me volví hácia el que estaba inmediato á mí para preguntarle qué pensaba de esto. Precisamente era el señor Van Praët, á quien no habia visto al entrar, que comia modestamente dos huevos pasados por agua.

— ¿Habeis visto esto? le pregunté alargándole el periódico.

— No, me dijo; ¿qué es?

— Leed.

Tomó el periódico y leyó. En seguida le dejó á su lado con completa indiferencia.

— ¿Acaso no perseguirán á ese caballero? pregunté admirado de aquel estoicismo.

— ¿Y para qué? me respondió.

— Para corregirle de imprimir semejantes cosas.

— ¡Bah! me respondió el señor Van Praët, es necesario que viva. ¿Con qué viviria si le prohibiésemos la calumnia?

— ¿Y qué dirá el rey si lee esto?

— ¡El rey! se encogerá de hombros. A propósito, ¿cómo os ha recibido?

— Perfectamente.

Referile entonces los detalles de nuestra entrevista, y como el rey, habiendo visto que su invitación contrariaba mis proyectos, habia tenido la bondad de darla otro giro. Como uno de estos proyectos era visitar á Bruselas, el señor Van Praët, á quien la permanencia del rey en Läckén daba alguna libertad, me ofreció servirme de *cicerone*. Compréndese que yo aceptaria.

Bruselas remonta su antigüedad al siglo VI; la etimología de su nombre se refiere segun unos á *Brocksel*, que quiere decir *pantano*, y segun otros á *Bruck-Senne*. Esta ultima palabra puede traducirse por *punte sobre el Senna*. Los anticuarios discuten sobre este asunto : esto les ocupa mucho.

San Vindiciano, obispo de la diócesis de Cambray, falleció allí en 709; consta esto por una crónica contemporánea, que es el monumento histórico mas antiguo en que se ha hablado de Bruselas, llamada en latin *Brossella*. Durante los dos siglos que siguieron á esta muerte, la ciudad debió adquirir alguna importancia, puesto que el emperador Othon firmó uno de sus diplomas *apud Brussolam*, en el año 976 : este nombre primitivo habia ya sufrido, como se ve, alguna alteracion.

Cuatro años mas tarde, Carlos, hijo de Luis de Ultramar, que obtuvo en herencia el ducado de la casa Lotaringia, eligió á Bruselas por su capital; construyó un palacio entre los dos brazos del Senna é hizo trasportar á una capilla el cuerpo de santa Gudula, que habia sido depositado en tiempo de Carlo-Magno en el monasterio de Moorsel. Desde entonces santa Gudula fué adoptada como patrona por los Bruseleses, que segun parece no han tenido por qué quejarse de su patrona, pues que en medio de todos sus trastornos religiosos la han conservado su supremacia religiosa.

En 1044 Lamberto Balderico, conde de Lovaina y de Bruselas, mandó edificar al rededor de la ciudad una muralla con siete puertas. Dos ó tres arqueólogos me enseñaron restos, que me aseguraron ser los de aquella muralla. Fingí creerlos, lo cual pareció causarles satisfaccion.

Ferrand, conde de Flandes, y Salisbury, hermano del rey de Inglaterra, bajo pretexto de obligar á Enrique I, duque de Brabante, á abandonar la alianza de la Francia, se apoderaron de Bruselas en 1215; en seguida, para hacer mas eficaz el ejemplo, la saquearon.

Las desgracias vienen en tropel, dice un proverbio ruso que merece por su exactitud darle carta de naturaleza francesa : en 1314 hubo en Bruselas peste y hambre; en 1405 incendio, y en 1549 ter-

remoto : veinte y cinco mil individuos y tres mil casas desaparecieron en estos diversos accidentes.

A pesar de estas calamidades , Bruselas, bajo la dominacion de los duques de Borgoña , llegó á ser una de las ciudades mas florecientes de la edad media. Sus manufacturas de armas, tapicerías, telas y encajes, tenían fama á la vez en Alemania, Francia, Inglaterra y España ; de modo, que cuando la casa de Austria sucedió á la de Borgoña, Carlos V, que había nacido en Gante, la adoptó como sitio ordinario del gobierno de los Países Bajos, y la eligió para que fuera testigo de su abdicacion en favor de su hijo Felipe II.

Les llegó entonces la vez á las guerras religiosas : los iconoclastas desgarraron los cuadros, rompieron las imágenes, despojaron las iglesias. Felipe II envió al punto á Margarita, su hermana natural, un sangriento poder que la conferia derecho de vida y muerte sobre los herejes. Comenzaron los suplicios. Formóse una asociación en Gante en 8 de noviembre de 1576 : los nobles flamencos se afiliaban entre sí para oponerse á las medidas tomadas por la gobernadora de los Países Bajos. Doseientos cincuenta confederados fueron entonces á Bruselas á presentar sus quejas á Margarita, que los admitió á su presencia. En esa recepcion fué cuando Brederode, habiendo oido á Barlaymont, que hablaba en voz baja con la regente,

tratar á los diputados de mendigos, repitió la palabra en voz alta ; al punto y por un arranque unánime de indignacion, los calvinistas y protestantes adoptaron por armas una escudilla y unas alforjas y se dividieron segun las localidades en que combatian en mendigos de bosque, en mendigos de llano y mendigos de mar. Vió Felipe II que no era bastante una mujer para contener semejante insurreccion ; envió un ejército, un general y verdugos. El duque de Alba hizo su entrada en Bruselas en 22 de agosto de 1577, y el 5 de julio del año siguiente, las cabezas de Lamoral, conde de Egmont, y de Felipe Montmorency, conde de Horm, caian en la plaza del Ayuntamiento, cuyas casas estaban todas colgadas de negro. El príncipe de Orange había huido á tiempo : Guillermo el Taciturno adivinó al duque de Alba.

Dos años duraron los suplicios. En estos dos años, todos los fabricantes é industriales de Bélgica abandonaron á Bruselas, y fueron á enriquecer á Londres. En fin, los primeros que se cansaron fueron los verdugos. Felipe volvió á llamar al duque de Alba ; Luis de Requesens le sucedió y murió en 1576. El 1º de mayo del año siguiente, le reemplazó don Juan de Austria en calidad de gobernador general. A los catorce meses, cedió su puesto al archiduque Matías, durante cuyo gobierno se desarrolló la famosa peste de 1578, que arrebató

veinte y siete mil personas solo en la ciudad de Bruselas.

Todo acontecimiento es bueno cuando consigue por él su independencia un pueblo que trate de reconquistarla. El azote obligó al gobernador español á disminuir su vigilancia. Guillermo de Orange se aprovechó de aquel momento de tregua. Poco á poco adquirió su nombre en los Países Bajos una autoridad que llegó muy pronto á reclamar su presencia. En 1580 volvieron á entrar los protestantes en Bruselas y á continuar sus predicaciones públicas; el 21 de mayo de 1581, eran señores y opresores á su vez, y Felipe II habia perdido la soberanía por haber violado los derechos y privilegios de la nacion.

Ahora bien, ¿no es una cosa providencial que la declaracion que decretaba aquella caída fuese firmada por Guillermo de Orange, y concebida en tales términos que en la sesion del 23 de noviembre, el señor Robembach, diputado de la Flandes Occidental, no necesitó mas que leerla en la tribuna para que se aplicase á los Nassau la pena que uno de sus antepasados habia reclamado contra Felipe II en 1580?

Hé aquí un fragmento de aquella teoría de la rebelion, en la que el Taciturno establecia la legalidad de una insurreccion de que era jefe:

« Se responderá que Felipe II es rey. Yo digo,

por el contrario, que ese rey me es desconocido; séalo de Castilla, de Aragon, de Nápoles, de las Indias y de todas partes donde domina á su sabor; séalo, si así quiere, de Jerusalem, dominacion pacífica, de Asia y de Africa; en tanto no conozco en este país mas que un duque y un conde, cuyo poder está limitado por los privilegios, los que he jurado en su alegre advenimiento.

» Mas, sea por el ejemplo que ha tomado de España, ó por el consejo de los que le habian y le han dirigido despues, siempre ha conservado en su corazon la intencion de sujetarnos á una servidumbre absoluta y simple, que han llamado obediencia, privándonos completamente de nuestros antiguos privilegios y libertades, como hacen los ministros con los pobres Indianos, ó á lo mas como los Calabreses, Sicilianos, Napolitanos ó Milanese, no recordando que estos países no eran países conquistados, sino patrimoniales en su mayor parte, ó que voluntariamente se habian dado á sus predecesores bajo equitativas condiciones. »

Pregunto yo, ¿no se diria que hablaba un miembro del congreso nacional recapitulando los agravios que la Bélgica tuvo despues de 1814 que reprochar á la casa de Nassau? Continúa y desenvuelve esos derechos de las ciudades libres, que no podian ser comprendidos en aquella época por Felipe II, y que no quiso comprender despues Guillermo de Nassau.

« Ya sabeis á lo que está obligado, y que no depende de su voluntad el hacer lo que le parezca bien, como hace en las Indias; pues por los privilegios del Brabante, no puede obligar con violencia á ninguno de sus súbditos á cosa alguna, sin que los usos del distrito judicial de su domicilio lo permitan; no puede por ninguna ordenanza ó decreto, alterar el estado del país, debe contentarse con sus rentas ordinarias, no puede levantar ó exigir ningun impuesto sin el beneplácito y consentimiento expreso del país, y segun los privilegios de este; no puede mandar entrar gente de guerra en el país sin el consentimiento de este; no puede tocar al valor de las monedas sin el consentimiento de los Estados; no puede mandar prender á ningun súbdito sin informacion hecha por el magistrado de la localidad; en fin, habiéndole puesto preso, no puede enviarle fuera del país. »

Hé aquí documentos de esos que los príncipes arrojan de sus archivos, pero que los pueblos guardan cuidadosamente en los suyos.

Sin embargo, Felipe II no era hombre que se detuviese ante lo dicho, ni que se doblegara ante razones escritas, por justas y elocuentes que fuesen; así que, apeló á sus cañones, esa *ultima ratio regum*. Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, fué á acampar en Assehe, y á fines de setiembre de 1584, el dominio español se restableció en Bruselas.

Todavía luchó algun tiempo el Taciturno; pero orador mas elocuente que hábil general, se vió obligado á abandonar las provincias meridionales, y refugiándose á las negociaciones políticas, su verdadera esfera, consiguió establecer la union de Utrecht, fundamento de la república de los Países Bajos.

Esta union hizo perder á Felipe II toda esperanza de reconquistar la totalidad de las provincias flamencas. Hacia diez años veia devorar la Bélgica la sangre de sus súbditos y los tesoros del Nuevo Mundo; separó en 1598 las provincias belgas de la monarquía española, y las dió en dote á su hija Isabel, desposada con el archiduque Alberto, hijo del emperador de Alemania. Bajo su reinado, que felizmente fué prolongado, respiró la Bélgica, y se restableció la república de los Países Bajos. El duque Alberto murió el 13 de enero de 1621, y la infanta Isabel el 4.º de diciembre de 1633; Guillermo de Orange habia sido asesinado en 1584.

El Taciturno era un hombre singularmente notable. Paje de Carlos V, el anciano emperador se apoyaba en sus hombros cuando abdicó en su hijo la triple corona que tanto pesar le habia de causar un dia. Aunque jóven todavía, aquel carácter reflexivo, que fué causa de que se le diera el sobrenombre de Taciturno, hizo que, cuando aquel príncipe dejó la Bélgica por la España, respondiese á Guillermo que le hablaba de las

causas de descontento : hay un autor de él, y ese autor sois vos. Así, cuando estalló la rebelion de los Mendigos, Felipe se acordó en el Escorial de Guillermo et Taciturno, y cuando supo que solo las cabezas de Egmont y de Horn habian caído, dijo al enviado que le llevó la noticia, que de buena gana daría las dos por la que le faltaba. En efecto, el hacha habia derribado la mano que tenia la espada, pero no habia podido alcanzar á la que tenia la pluma. El manifiesto de Guillermo de Orange hizo mas daño á Felipe II que le hubiesen podido hacer cuatro batallas perdidas.

Por lo demás, era aquel digno antepasado del rey reinante llamado Guillermo el Testarudo.

Ocupado tan solo de una idea, la obra de la independencía, resistió á las amenazas de la corte de España, y lo que acaso era mas difícil á sus promesas. Ni los talentos militares del duque de Alba, ni el valor de don Juan de Austria, ni los artificios de Requesens, ni las victorias del príncipe de Parma, consiguieron desviarle de su via pacífica y laboriosa ; todo se gastó en él, política y guerra, la pluma y la espada. Constantemente batido, constantemente reapareció á la cabeza de nuevas tropas. Cuando estaba exhausto de hombres y dinero, se le veía abandonar el teatro de la lucha, aparecer en sus principados del Franco Condado ó de Alemania, hacer un llamamiento de hombres al

territorio siempre fértil, y de dinero á los príncipes luteranos frecuentemente sordos, y volver en seguida con un ejército cuya existencia ni aun sospechaban siquiera sus enemigos. En fin, con la famosa Union de Utrecht, terminada en 1579, reunió en una sola república siete provincias de la Holanda, cada una de las cuales tenia su constitucion particular, y quedó á la cabeza de la federacion sin tener ningun título. Esta posicion que estaba lejos de ser, no por el honor, sino por los honores, el equivalente de la que perdía como gobernador de las provincias de Holanda, de Zelanda y de Utrecht, se habia ofrecido sucesivamente al archiduque Matías de Austria, hermano del emperador Rodolfo II, al duque de Alençon, hermano del rey de Francia, y á Roberto de Leicester, favorito de Isabel. El duque Matías careciendo de arrojo y actividad, se malquistó con los intereses; el duque de Alençon, frívolo é inconsecuente, se malquistó con los ánimos ; el conde de Leicester, codicioso y altanero, se malquistó con los corazones. Vino, por fin, el Taciturno, que por su valor, su sangre fria y su penetracion, consiguió calmarlo todo, conciliarlo todo, dominarlo todo. Puso la cúpula á su edificio cuando fué asesinado, como debia serlo Enrique IV, por una bala fundida en el taller donde se forjaba ya el cuchillo que veinte y seis años mas tarde debia herir al Bearnés.

Un fanático del Franco Condado, llamado Baltasar Gerard, se presentó un día en su palacio de Delft, bajo el pretexto de pedirle un pasaporte. Guillermo, accesible, con doble motivo, puesto que era uno de sus vasallos quien deseaba verlo, se separó de su mujer y pasó á una habitacion inmediata; encontró en ella al asesino que le presentó unos papeles; mientras los examinaba, Baltasar le disparó á quema ropa un pistoletazo; Guillermo el Taciturno cayó muerto.

Acudió su mujer al ruido. ¡Era un triste destino el de aquella mujer constantemente triste por el asesinato de todo lo que le era querido! Habia visto matar á Coligny, su padre, y á Teligny, su primer marido; por último se habia casado de segundas nupcias con Guillermo el Taciturno, y doce años despues por la misma causa, y por la misma religion, le veia sucumbir del mismo modo.

En el museo del Haya se enseña la bala y la pistola que mató á Guillermo, así como el sombrero, el reloj, la gorguera y el traje que llevaba en el momento de su asesinato. La gorguera se conserva todavía manchada de sangre; el traje está horadado por el plomo mortal. Bajo aquel justillo habia un gran corazón.

Luego, si se quiere formar una idea del individuo, para compararle á su nombre, en la primera sala de los Estados se encontrará su retrato: es el

de un hombre de cuarenta años, en cuyo rostro moreno se ve esa fisonomía recelosa que hizo le dieran aquel sobrenombre. Está vestido con un justillo negro cuyos bolsillos están adornados con fleco de oro, y en vez de sombrero, cubre sus cortos cabellos un casquetito semejante al de Corneille.

En cuanto á su sepulcro, se encontrará en la iglesia de Delft.

Pido perdon al lector por haber hecho esta larga biografía, de cuya descripción me he dejado llevar; mas ante mis ojos ha pasado la sombra de un hombre, y por un momento me ha ocultado el horizonte de un imperio.

Todo permaneció bastante tranquilo en Bélgica, hasta el momento en que Luis XIV, á la muerte de su padrastro, reclamó los Países Bajos españoles, á los que habia renunciado formalmente renunciando á la sucesion del rey de España. Fundábase en qué á virtud del *derecho de devolucion*, establecido en las Provincias Unidas, los hijos primogénitos heredaban con preferencia á los hijos menores. Estas primeras pretensiones, fijadas por la paz de Aix-la-Chapelle, se renovaron en 1672, y Luis XIV, secundado por la flota de Carlos II, entró de nuevo en las Provincias Unidas con un ejército de ochenta mil hombres, tomó en un mes cuarenta plazas fuertes, invadió las provincias de

Gueldres, Utrecht y Oven-Issel, y avanzó hasta las inmediaciones de Amsterdam.

Entonces todo vino á estrellarse contra un príncipe de Orange. Guillermo III fué para Luis XIV lo que Guillermo el Taciturno habia sido para Felipe II; acababa de ser nombrado stathouder y apenas tenia veinte y un años. Laborioso, sombrío, silencioso y perseverante, hombre á un mismo tiempo de accion y de idea, sencillo en su vida privada, magnífico en la pública, con pocos amigos, pero unido por la vida á los que habia concedido su confianza, consiguió excitar el valor de los Holandeses, reanimar su actividad, contener los progresos del ejército victorioso y armar contra Luis XIV la mitad de la Europa. En fin, gracias á la mediacion de Carlos II y á la intervencion armada de las dos ramas de la casa de Austria, se celebró la paz de Nimega. La Francia ganó en ella el Franco Condado, ese antiguo patrimonio de la casa de Nassau, y perdió á Charleroi, Binch, Courtray, Oudenarde y una parte de la señoría de Ath. Gracias á este tratado, Nodier y Victor Hugo son franceses.

La muerte de Carlos II volvió á encender la guerra con una apariencia de legitimidad, y bajo el nombre de guerra de sucesion, las tropas francesas ocuparon á Bruselas el 21 de enero de 1701, y el 22 de marzo del año siguiente, Felipe I fué proclamado duque de Brabante, vino despues la

paz de Utrecht en 1712 que dejó volver de nuevo Bruselas y los Países Bajos á la dominacion de la casa de Austria.

Luis XV heredó la guerra contra María Teresa, y la batalla de Fontenoy le abrió otra vez las puertas de Bruselas. Entramos en ella el 21 de febrero de 1747 y permanecemos allí como señores hasta que la paz de Aix-la-Chapelle volvió esta ciudad á los Austriacos.

El duque Carlos de Lorena entró en ella inmediatamente y gobernó por espacio de treinta y seis años en nombre de María Teresa.

Esta fué la época dichosa para la Bélgica; por eso recompensó al representante de la emperatriz, no con honores percederos como él, sino con el epíteto de *bueno* que le sobrevivió. Sucedió José II, que quiso introducir en Flandes, cuyo espíritu le era desconocido, la uniformidad con que regia sus demás Estados. Los Flamencos hicieron lo que siempre en semejantes circunstancias, reclamaron el mantenimiento de sus privilegios; y como no quisiese reconocerlos el emperador, le declararon destituido de la soberanía de los Países Bajos. De este modo permaneció el gobierno provisional en sus manos hasta que Leopoldo, el sucesor, consintió jurar en 1791 el mantenimiento de la carta brabanzona. Mediante esta concesion acababa de tomar posesion de los Países Bajos, cuando murió

dejando el reino á su hijo Francisco II. Cuatro años despues las batallas de Gemmapes y de Fleurus habian decidido en favor de la república francesa el gran proceso formado por Luis XIV al Austria. La Bélgica estaba reunida á la Francia, y Bruselas se habia convertido en la capital del departamento de la Dyle.

Hizo en ella su entrada Napoleon por la parte de Verte, el 21 de julio de 1809 : hiciéronle los honores reservados á los antiguos soberanos de la Bélgica; y dos años mas tarde decidió, como hemos dicho en otra parte, en el palacio de Lâcken la campaña de Rusia.

Llegó 1814. El tratado del mes de mayo, que hacia á Guillermo heredero de los stathouders con el título de rey, añadió á él la Bélgica como acrecentamiento de territorio, en cambio de sus colonias de Ceylan, del cabo de Buena Esperanza, de Demeray, de Berbia y de Essequivo, que se adjudicaban á la Inglaterra. Apenas se habia sentado sobre aquel trono de nueva fábrica, cuando el cañon de Waterloo fué á conmooverle como si fuera de la misma fecha que el de los Césares. Mas poco á poco se alejó el cañon dirigiéndose hácia la Francia; por último, oyóse decir un dia que Napoleon se habia embarcado para Santa Elena, y Guillermo respiró : creia haber ganado el todo no teniendo que habérselas mas que con su pueblo.

El 25 de setiembre de 1830 su pueblo le expulsó, y el 4 de octubre siguiente declaró el congreso nacional que las provincias belgas, violentamente separadas de la Holanda, formaban un Estado independiente.

Nuestros eternos plagiadores acababan de parodiarse á su vez nuestra revolucion.

Todo el mundo recuerda cuál fué el embarazo que entonces experimentaron los Belgas : tenian que dar un trono que nadie se atrevia á tomar, y hubo un momento en que temieron, ¡cosa inaudita hasta entonces! que les quedara su corona, no sobre la cabeza, sino en la mano.

En efecto, la eleccion no era fácil : era preciso que recayera sobre un príncipe que conciliase los diversos intereses de la Europa, y que satisficiera á un pueblo que desde los Romanos hasta nuestros dias habia tenido por costumbre hacer una revolucion cada quince años.

El ministerio, despues de haber investigado la opinion de las diferentes cortes de Europa, resolvió dirigirse al príncipe Leopoldo. En consecuencia, enviáronle cuatro comisionados. Eran estos el conde Fleux de Merode, el señor Vilain XIV, Enrique de Broukere y el abad de Fœre. La primera entrevista se verificó el 22 de abril, y se inauguró de parte del príncipe Leopoldo con estas palabras :